

Los Andes y el Amazonas



James Orton

Traducción

Fernando Hidalgo Nistri e Irene Paz Durini

A

CHARLES DARWIN, M.A., F.R.S., F.L.S., F.G.S.,

Cuyas profundas investigaciones
han iluminado de sobremanera todos los campos de la ciencia,
y cuyo encantador Viaje del Beagle ha asociado tan plazeramente su
nombre con nuestro continente del sur.

Estas notas sobre los Andes y el Amazonas son, con su permiso,
muy respetuosamente, dedicadas.

“Entre los paisajes que más hondamente se han grabado en mi ánimo, ninguno aventaja en sublimidad al de las primitivas selvas vírgenes, no alteradas por la mano del hombre, bien sean las del Brasil, donde predomina la Vida, bien las de Tierra del Fuego, donde prevalece la Disolución y la Muerte. Unas y otras son templos llenos de las variadas producciones del Dios de la Naturaleza: no hay nadie que hallándose en estas soledades deje de conmoverse y sentir que en el hombre existe algo más que el mero aliento material de su cuerpo”.¹

¹ Carlos Darwin, *Diario del viaje de un naturalista alrededor del mundo en el navío de S. M. “Beagle”*, Tomo II, trad. Juan Mateos (Madrid: Calpe, 1921) 355.

Capítulo I

**Guayaquil • Primeras y últimas impresiones • Clima • Comercio
El Malecón • Un vistazo a los Andes • Escenas en el Guayas • Bodegas
Cabalgando hacia Quito • La Mona • Un bosque tropical**

Era tarde en la noche del 19 de julio de 1867, cuando el barco de vapor, Favorita, echaba anclas frente a la ciudad de Guayaquil. A primera vista, el paisaje despertó visiones de esplendor oriental. Ante nosotros estaba el Malecón, que se extendía 2 millas a lo largo del río, y que en otros tiempos había sido la calle más hermosa y concurrida del principal emporio de Ecuador. En el centro se elevaba la Casa de Gobierno, con su antigua y curiosa torre, que lucía en lo alto el reloj de la ciudad. En cada lado había largas hileras de enormes edificios de tres pisos y aparentemente de mármol; cada uno ocupaba una manzana entera y eran tan elegantes como gigantescos. Cada piso estaba bendecido por un balcón, del más alto colgaban cortinas de lienzo que en ese momento estaban enrolladas. Los otros balcones que salían sobre la acera, por su parte, formaban una larga galería, tal como en la calle de Rivoli, del París imperial. En la planta baja, las vistosas vitrinas de Guayaquil, muy bien surtidas con las telas estampadas, de sedas y sofisticadas mercaderías procedentes de Inglaterra y de Francia. Era la avenida de los paseos, al igual que la “Broadway del comercio”. Multitud de ecuatorianos que nunca hacen negocios por la noche paseaban sin prisas por esta magnífica galería. En vez de diamantes, las damas sin sombrero lucían luciérnagas¹ más

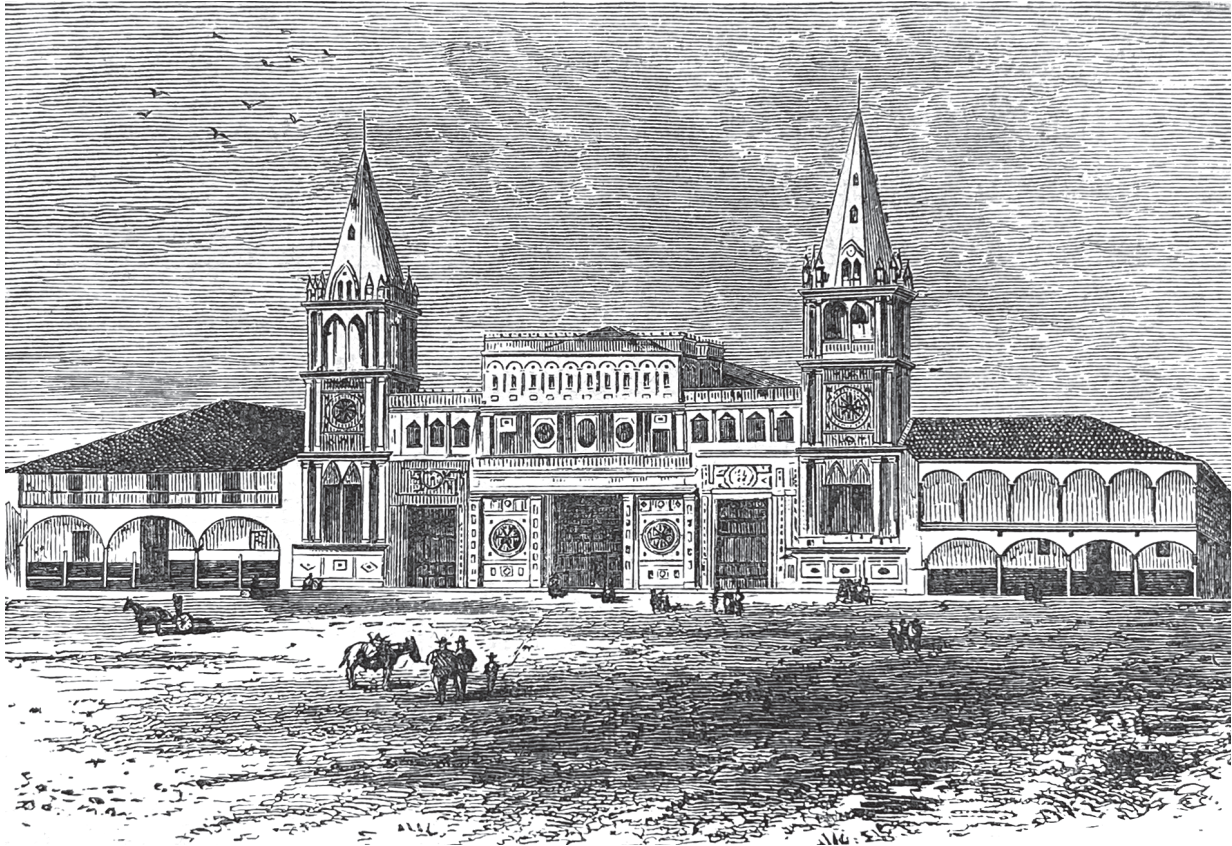
¹ El *Pyrophorus noctilucus*, o “cucuyo”, se encuentra también en México y en las Indias Occidentales. Se parece a nuestro escarabajo de primavera grande. La luz proviene de dos puntos en forma de ojos en su tórax y de los segmentos de la parte inferior. Se alimenta de la caña de azúcar. En el Alto Amazonas encontramos el *P. clarus*; *P. pellucens* y *P. tuberculatus*. En Bahía, en la costa opuesta, Darwin encontró el *P. luminous*, el más común de los insectos luminosos.

brillantes que los *koh-i-noors*² y barrían el pavimento con las largas colas de sus vestidos. Flotaba en el ambiente, junto a la suave brisa, una música marcial que venía desde los cuarteles o de alguna sala de fiestas. Cientos de farolas de gas situadas a lo largo del desembarcadero y en la ciudad reflejaban su luz en el río y duplicaban el brillo como si ello fuera un presagio de riqueza y de civilización.

Cuando desembarcamos por la mañana, nos dimos cuenta de que nuestra visión se disolvía a la luz del sol naciente. Las mansiones principescas resultaron ser vacías estructuras cuadradas trabajadas en madera, enlucidas por dentro y por fuera, y techadas con tejas rojas. Las casas eran desiguales y en nuestro hotel no había un solo ángulo recto. Todos los edificios estaban contruidos (muy adecuadamente para este clima) para permitir que la brisa fluyera. Esto es algo que los arquitectos habían logrado solucionar muy exitosamente; sin embargo, en el aire flotan muchos olores no tan placenteros como las brisas aromáticas de la isla de Ceylán. El diseño de la catedral es elegante. Su imagen es más imponente que Notre Dame; una inscripción latina nos indica que esta es la Puerta del Cielo. Pero, al aproximarnos a ella, vemos una estructura raída y el interior sin bancas se vuelve espantoso por las pinturas e imágenes que ciertamente son caricaturescas. Unas cuantas obras de arte genuinas importadas de Italia son las únicas que alivian la mente del visitante. Con excepción de algunas casas del Malecón, y sin olvidar la catedral, la mayoría de los edificios parecen ruinas, una situación que no se debe a los frecuentes terremotos que han azotado a esta ciudad. Las viviendas de las afueras son sumamente primitivas, con pisos y paredes de caña partida con techo de hojas. La primera planta está ocupada por animales domésticos y la segunda, por sus propietarios. La ciudad está distribuida de manera bastante regular, las calles principales corren paralelas al río. Hay pocas calles empedradas y estas lo están de una manera muy rudimentaria. Muchas de estas calles son escandalosamente sucias y en todas crece el pasto para deleite de los asnos y de las cabras que vagabundean por toda la ciudad. Varios carros de mulas, media docena de carruajes, un ómnibus y un carrito de mano en el Malecón

2 “Montaña de Luz”, en persa, es un diamante de 108 quilates (Nota de los traductores).

son todos los vehículos de ruedas que circulan por Guayaquil. La población se estima en 22 000 habitantes y no ha variado durante los últimos treinta años. De estos, unos veinte son norteamericanos y quizás solo unos veinticinco puedan disponer de 100 000 dólares de capital. Ningún extranjero tiene motivos para decir que los guayaquileños no son corteses y hospitalarios.



CATEDRAL DE GUAYAQUIL

Las damas se visten con gusto exquisito y su belleza es proverbial. Las sangres española, india y negra se mezclan en las clases bajas. La ciudad cuenta con dos periódicos, *Los Andes* y *La Patria*, pero normalmente se publican con diez días de atraso. El anuncio del sereno que da la hora es casi tan musical como el grito del muecín en Constantinopla. A las once de la noche, por ejemplo, cantan: “¡Ave María purísima! Las once han dado, noche clara y serena. ¡Viva la patria!”.

El nombre completo de la ciudad es Santiago de Guayaquil.³ Se llama así porque, en primer lugar, la conquista de la provincia se terminó el 25 de julio de 1533 (día del apóstol Santiago) y, en segundo lugar, en honor a un cacique de Atahualpa llamado Guayas. Carlos V la convirtió en ciudad el 6 de octubre de 1535. Desde entonces, ha sido constantemente azotada por incendios, terremotos, invasiones de piratas y epidemias. Está situada en la ribera derecha del río Guayas, a pocos pies sobre el nivel del mar y a 60 millas de distancia del océano. A pesar de ser la ciudad situada más al oeste de América del Sur, está solo a 2° al oeste de la longitud de Washington y a la misma distancia bajo la línea ecuatorial. Orión la cruza sobre el cénit y la Cruz el Sur toma el lugar de la Osa Mayor. De acuerdo con nuestras observaciones, la temperatura promedio anual es de 83° F. Existen dos estaciones, la húmeda, llamada invierno, y la seca, denominada verano. El verano, a pesar de ser el invierno en términos astronómicos, comienza en junio y termina en noviembre.⁴ Las lluvias fuertes llegan para Navidad. Marzo es el mes más lluvioso del año y julio es el más frío. Las fiebres abundan cuando se está terminando el invierno. El clima de Guayaquil en la época seca es casi perfecto. Al amanecer hay una brisa fresca que viene del este, cuando sale el sol hay un momento de calma y luego aparece un viento variable y ligero. A las tres de la tarde, un viento del suroeste llega primero en ráfagas y luego en una corriente sostenida; al anochecer, el mismo viento se suaviza hasta volverse una brisa que se incrementa a eso de las siete de la tarde para desaparecer alrededor de las tres

³ El nombre antiguo era *Culenta*.

⁴ La continuidad de la estación seca se rompe con la llegada de las lluvias pocos días antes del equinoccio de otoño, llamado el Cordonazo de San Francisco. “En toda América del Sur (observa el señor Spruce*) las alteraciones periódicas de clima húmedo o seco coinciden con las fechas en que se festeja a santos. Pero cuando el clima debe ser lluvioso y cesan las lluvias o, si llueve en invierno más de lo normal de lo esperado, invariablemente todo es culpa de la luna”. (*Nota del editor: se refiere al texto de Richard Spruce de 1861, *Report of the Expedition to Procure Seeds and Plants of the Cinchona Succirubra, or Red Bark Tree*. Londres: G. E. Eyre and W. Spottiswoode, nota en p. 101)

de la mañana. A pesar de los montones de inmundicias y de las aguas estancadas cubiertas de algas verdes, que serían suficientes para provocar una epidemia si estuvieran en Nueva York, la ciudad es bastante saludable. Esto se debe, en gran parte, a las innumerables bandadas de gallinazos que se alimentan de la podredumbre. Estas aves carroñeras son protegidas por la ley, a tal punto que se aplica una fuerte multa a quien mate sin razón a una de ellas.⁵ Este puerto se ha ganado la reputación de ser uno de los más pestilentes de todo el globo durante la época de lluvias. En los meses invernales, el aire es tan caliente y opresivo que recuerda al geólogo la densa y vaporosa atmósfera del periodo carbonífero. En esta estación, las planicies circundantes y las carreteras suelen inundarse e incluso algunas calles de la ciudad se vuelven intransitables. Los mosquitos son insoportables; las cucarachas son inmensas; los ciempiés, repugnantes; los escorpiones, venenosos, y las serpientes, aún más mortales. Todo esto mantiene a los habitantes en una alerta constante, puesto que en este ambiente se producen las temidas fiebres y las disenterías que cobran muchas vidas.

El Guayas es el mayor río en la costa del Pacífico. Guayaquil monopoliza el comercio de Ecuador, puesto que es su único puerto. Esmeraldas y El Pailón actualmente permanecen abandonados. Prácticamente toda importación y exportación pasa por la aduana de Guayaquil. Las verdes riberas del Guayas, cubiertas con una vegetación exuberante, contrastan con la estéril costa peruana. La posesión del Guayas ha sido motivo de codicia desde los lejanos tiempos de Pizarro. Pocos sitios de los trópicos pueden rivalizar con la riqueza de estas tierras bajas y con el vigor de su vegetación. Se cosechan cantidades inmensas de cacao y actualmente es el segundo productor después de Caracas, y eso a pesar de que solo se recolecta una fracción de lo que se produce. La razón de esto se halla en la escasez de mano de obra; demasiados ecuatorianos se han exilado o han muerto por haber participado en revoluciones insensatas. Anualmente se exportan 20 000 000 de libras de cacao a España y 2 000 000 de su excelente café, que muchas veces terminan en Nueva York bajo el nombre de “pure Java”. Existen

5 El gallinazo de cabeza roja, el “John Crow” de las Indias Occidentales, no es una ave social sino solitaria y eso a pesar de que de vez en cuando se pueden ver algunos ejemplares juntos.

tres o cuatro tipos de cacao autóctono en esta costa y todos merecen el genérico título de *Theobroma* o “alimento para los dioses”. El mejor crece en Esmeraldas y se distingue porque contiene una mayor cantidad de manteca y un sabor más agradable; pero se exporta muy poco porque se pudre en seis meses. El cacao de arriba, de la parte alta del Guayas, es mejor para la exportación porque se conserva hasta por dos años sin dañarse. El siguiente en calidad es el de abajo, del río abajo, como el de Machala, Santa Rosa, Balao y Manabí. El cacao de montaña contiene una pepa más rica, pero apenas se cultiva. El haba es pequeña, blanca y es casi puro aceite, que aquí la llaman manteca de cacao. Los nativos suelen usar esta manteca para curar quemaduras, llagas y varias enfermedades de la piel. El cacao, más que cualquier otro producto de la tierra, es el principal rubro de comercio de la república. Sus flores y sus frutas crecen directamente del tronco y de las ramas. “No podría haber ejemplo más asombroso de los poderes de expansión de la vida que el cacao en toda la naturaleza orgánica” (dice Humboldt). La fruta de forma alargada es de un color rojo amarillento y las semillas con las que se prepara el chocolate están envueltas en una pulpa blanca. El árbol se asemeja a nuestra lila en tamaño y forma. Produce tres veces al año: en marzo, junio y septiembre. España es el mayor consumidor de cacao. La palabra mexicana *chocolatl* es el origen de la moderna palabra chocolate. Tucker presenta el siguiente análisis comparativo de las habas sin pelar de Guayaquil y Caracas.

	Guayaquil	Caracas
Teobromina	0,63	0,55
Cacao-rojo	4,56	6,18
Manteca de cacao	36,38	35,08
Gluten	2,96	3,21
Fécula (almidón)	0,53	0,62
Goma	1,58	1,19
Materia extractiva	3,44	6,22
Acido húmico	8,57	9,28
Celulosa	30,50	28,66
Ceniza	3,03	2,91
Agua	6,20	5,58
	<u>98,38</u>	<u>99,48</u>

El cafetal mide unos 8 pies de alto y tiene hojas de color verde oscuro, flores blancas y frutos verdes, rojos y morados al mismo tiempo. Cada árbol produce un promedio de 2 libras anualmente.

Otros artículos importantes de exportación son cueros, algodón, “sombreros de Panamá”, manufacturados en los pueblos indígenas de la Costa, corteza de cinchona, caucho, tabaco, liquen de orchilla, zarzaparrilla y tamarindo.⁶ Los sombreros son generalmente hechos de la “toquilla” (*Carludovica palmata*), una planta arborescente de aproximadamente 5 pies de alto y parecida a la palmera. La hoja de 1 yarda de largo está plegada como un abanico y dividida en un tallo de tres esquinas. Se corta tierna, se extraen las venas y luego se le hacen jirones a fuerza de fustigar las hojas. Una vez hecha esta operación, se meten las fibras en agua hirviendo para finalmente blanquearlas al sol. La misma “paja” se usa en el interior del país. La “mocora”⁷, que crece como un árbol de cacao, tiene una corteza lisa, dura y espinosa que se usa muy poco por lo difícil que resulta trabajarla. Las hojas son de 8 a 12 pies de largo y por eso las “pajas” del sombrero no se rematan. Este tipo de sombrero requiere dos o tres meses de fabricación y se vende a veces a 150 dólares, pero duran toda la vida. Se pueden guardar en un bolsillo de la chaqueta y voltearse de adentro hacia fuera, ya que la superficie interior es tan suave y tan bien terminada como la exterior. Los sombreros de “toquilla” son más blancos que los de “mocora”.

Las exportaciones desde Guayaquil no tienen proporción con las posibilidades que ofrece el país. Ecuador no tiene pretextos para estar en la bancarrota. La mayoría de las importaciones son de origen inglés: la manteca proviene de Estados Unidos y la harina de Chile.

6 En 1867 se exportaron a Europa 197 260 quintales de cacao, 10 247 de algodón, 8911 de caucho, 149 de zarzaparrilla, 10 247 paquetes de orchilla, 5000 de quinina, 2000 de tabaco, 1611 de café, 65 barriles de tamarindo, 22 514 piezas de cuero y 8397 sombreros.

7 Nota del editor: se refiere a la fibra de la palma de mocora (*Astrocaryum strandleyanum*).

El Malecón y el río ofrecen una vista animada todo el año, mientras que, en comparación, el resto de la ciudad aparece como un desierto. Los barcos de vapor británicos llegan semanalmente procedentes de Panamá y Paita. Los barcos de vapor *yankees* hacen viajes regulares subiendo y bajando por el río Guayas y sus afluentes. Media docena de barcos de vela, principalmente franceses, suelen estar atracados en el río que, en este sitio, tiene 6 brazas de profundidad. Pero también es frecuente ver cientos de canoas que navegan de aquí para allá. Las balsas son de lo más original y pintorescas. Estas embarcaciones, hechas con un tipo de madera muy ligera, flotan tan bien que se pueden usar para la navegación costera. Fueron utilizadas por los antiguos peruanos y actualmente son el hogar de una población literalmente flotante sobre el río. En estas balsas llegan al muelle del Malecón no solo los artículos para exportación sino también un ilimitado número de frutas variadas: piñas (cuya calidad ha hecho célebre a Guayaquil), naranjas, limones, limas, plátano bananas, pepa de cacao, aguacates, papayas, mangos, guayabas, melones, etc. También arriban diversas especies de pescados todavía no descritas y cuyos nombres solo lo conocen los epicúreos. Igualmente llegan barriles o recipientes de agua traída desde un punto distante del río, lejos del alcance de la marea y de las cloacas de la ciudad. Del Chimborazo se trae con frecuencia hielo y lo venden a 1 dólar la libra. Una bandera enarbolada en una cafetería favorita anuncia que la nieve ha llegado desde las montañas y que se pueden comprar helados. El mercado que se instala todos los días al lado del río ofrece una escena muy animada. Las disputas de los pescadores semidesnudos, el grito de los vendedores de frutas: “¡piñas!”, “¡naranjas!”, etc., o el canto del vendedor ambulante de dulces: “¡ta-males!”, se entremezclan con el rebuznar de los asnos que trotan por la ciudad cargando agua. Este bullicio nunca deja de llamar la atención del viajero.

Sin embargo, hay otra visión aún más atractiva y que justifica un viaje tan largo. Se trata de un espectáculo que nos ofrece la naturaleza únicamente desde aquí: en un día despejado, desde los balcones de Guayaquil, se puede admirar la larga y elevada cordillera de los Andes. Podríamos olvidar todos los percances de nuestro próximo trayecto pero la impresión que produce ese fantástico paisaje no se desvanece. Suele ocurrir en el ocaso, cuando las nubes que han cubierto

con sus trajes húmedos las cordilleras⁸ se levantan de repente como si fueran un telón. Allí queda, en su inconcebible grandeza, uno de los más grandes acontecimientos de la última gran revolución de la corteza terrestre. Como diría un geólogo usando el idioma de la historia: es el elevado hogar de los incas que se hizo famoso por la espada de Pizarro y la pluma de Prescott. Hacia la derecha se alza un mar de colinas que se elevan cada vez más altas hasta rematar en las violáceas montañas del Azuay. Más lejos, hacia la izquierda, unas 100 millas hacia el norte, aparece el soberbio Chimborazo, que levanta su inaccesible e inexplorada cima sobre las de sus compañeros. El espectáculo se complementa con un imponente fondo de montañas menores y de bosques majestuosos. La gran cúpula refleja deslumbrantemente los últimos rubores del ocaso con su corona de nieve bordeada de líneas negras, que son los filos escarpados de las rocas que sobresalen. Era interesante admirar las delicadas tonalidades de la luz en la cima. Mientras las sombras subían la nieve reflejaba tintes de oro, rojo, violeta, morado seguidos finalmente por una “gloriosa” oscuridad que dejaba ver un enjambre de estrellas brillantes sobre los picos de los Andes.

Luego de decir “adiós” a nuestros amigos guayaquileños, tomamos uno de los pequeños barcos de vapor del capitán Lee hacia Bodegas, un poblado que está a 70 millas río arriba. Es extraño decirlo: el Gobierno ecuatoriano patrocina la navegación a vapor y, sin embargo, transporta el correo a Quito por canoas. El Guayas es un río indolente; sus aguas turbias, que nacen en las laderas de los Andes, fluyen a través de un largo tramo cubierto de una muy variada vida vegetal. Bosques de plátanos y bananas de hoja ancha contornean las orillas. La fruta es el alimento más común en la América ecuatorial, la comen cruda, asada, horneada, hervida o frita. Crece en un tallo suculento formado por vainas como hojas de caña que se enrollan una sobre otra y terminan en una enorme lámina brillante de color verde claro, de casi 10 pies de largo por 2 pies de ancho. Es tan delicada, que el mínimo viento la rasga de manera

8 La cordillera es, literalmente, una larga sucesión de montañas; se aplica, por lo general, a la subdivisión de los Andes, tanto en las cordilleras del este como del oeste que rodean el valle de Quito; la Sierra (de la palabra española sierra o del árabe *sehrah*, un área no cultivada) es una formación dentada de los Andes. Cerro es una colina en forma de “lomo de cerdo”. Páramo (un desierto) son las estepas ondulantes sin cultivos, sin árboles y sin habitantes que se hallan justo bajo el límite de la nieve.

transversal. Cada árbol (vulgarmente llamado “el árbol del paraíso”) produce fruta solo una vez al año y luego muere. Una sola cabeza pesa 60 o 70 libras, y Humboldt calculaba que 33 libras de trigo y 99 libras de patatas requerían la misma cantidad de terreno para cultivar 4000 libras de banano. En realidad ahorran trabajo y esfuerzo, ya que dan la mayor cantidad de alimento con un mínimo de labor. Normalmente se encuentran allí donde hay palmeras, pero su origen son las estribaciones del Himalaya. La banana (considerada por los botánicos una planta diferente del plátano) mide alrededor de 4 pulgadas de largo, es cilíndrica y se come cruda. El plátano es dos veces más grande y si no se lo cocina es incomible. Existe otra variedad, el plátano de Otaheite, que se parece a la banana en tamaño y calidad, pero es prismático.

El ojo se detiene frente a un cinturón de selva y de maleza impenetrable que se interpone entre nosotros y unas vastas plantaciones de café y cacao. El barco de vapor nos lleva a lo largo de campos muy amplios cubiertos por la planta de la piña. El aire es fragante, con un rico perfume que flota desde un bosquecillo de naranjas y limones. El mango extiende su denso y espléndido follaje cargando su fruta dorada, que es apreciada por muchos, pero que a nosotros nos pareció una mezcla de estopa y trementina. El exótico árbol de pan ondea su fruta colgante y sus hojas son similares a las de la higuera. Muy alto sobre todos los otros, levanta su corona de gloria el hermoso cacaotero.⁹ La vida animal no tiene punto de comparación con la exuberancia vegetal de estas selvas. El viajero al borde del barco de vapor puede ver algunos monos, grupos de gallinazos y muchas aves de colores brillantes que no trinan. El principal representante del mundo animal es el repugnante y perezoso caimán. Muchos de estos monstruos pueden verse sobre el fango de la ribera mientras se asolean bajo el caluroso sol o duermen con la boca abierta.

⁹ El mango de Asia es superior en tamaño y sabor al de América. En Brasil lo consumen en grandes cantidades los negros y el ganado. El cacaotero es también de origen asiático y abunda en Ceylán. Tiene un tallo protuberante cuando es tierno, pero se vuelve derecho y alto cuando madura. Florece en un largo penacho de suaves flores de color crema. Cabe recordar que las formas más hermosas de vegetación en los trópicos también resultan muy útiles al hombre.

Después de ocho horas de haber zarpado del Malecón, llegamos a Bodegas, un pueblecito de 2000 almas, que también es llamado Babahoyo. Desde los primeros tiempos, en este lugar se almacenaban las mercancías. Durante la época de lluvias, la zona se inunda de tal manera que solo se pueden utilizar los pisos superiores. La diversión principal es la pelea de gallos. Desayunamos con el gobernador, un caballero corpulento que tenía una pequeña tienda de abarrotes. Su excelencia, sin esperar una presentación formal y con la ilimitada cordialidad latina, nos recibió en su casa y nos concedió el honor de sentarnos en su mesa. Generosamente nos ofreció una variedad de las mejores carnes de la zona. Nos sirvió con su propia mano y con tal gracia que no pudimos corresponderle. Aunque haya muchas cosas que criticar en los países tropicales, no podemos olvidar la gentileza de estas gentes sencillas. A pesar de que en las siguientes páginas retrataremos las fallas y los defectos según las normas de Nueva York, queremos dejar en claro que también existe el otro lado de la moneda. En los Andes hay virtudes que la gente del norte desconoce. Esto es lo que nos dijo un americano residente allí desde hace diez años: “Cuántas veces he llegado yo a una choza miserable situada en el corazón de la selva, agotado y hambriento, después de haber caminado todo el día sin ninguna otra compañía que el arriero y me han recibido amablemente. Me han dado la mejor o quizás la única silla o hamaca, la gallina más gorda ha sido preparada para mí. Asimismo, más de una vez me han cedido la única buena cama del lugar, porque yo estaba muy cansado y debía descansar durante la noche. Un hombre puede viajar de un lado al otro de los Andes y depender totalmente de las buenas personas que encuentre”.

En Bodegas, los viajeros montan en mulas o caballos para subir a las montañas, y luego, en Guaranda, suelen alquilar otras para continuar su viaje a Quito. Los arrieros rara vez permiten que sus animales pasen de una altitud a otra. Estos arrieros o muleteros forman una clase importante en Ecuador. Las pequeñas caravanas son los únicos trenes de equipaje y pasajeros de la república; no hay ningún otro medio de transporte regular establecido en esta tierra. Los arrieros y sus peones son indios o mestizos. Llevan un sombrero de paja o de fieltro, un poncho a rayas similar a las mantas árabes y pantalones de algodón que

les llegan hasta las rodillas. Para comer llevan una bolsita de pan tostado, otra de harina de cebada (*mashka*) y unos pocos pimientos rojos. Los caballos son tan flacos y decrépitos que amenazan con agotarse el primer día; sin embargo, deben cargarnos hasta medio camino mientras subimos por los Andes. La distancia hacia la capital es de casi 200 millas. El tiempo que se requiere para llegar a Quito fluctúa, por lo general, entre ocho y nueve días, pero los funcionarios a veces suelen hacerlo en cuatro días.



EQUIPADOS PARA LOS ANDES

Dejamos Bodegas hacia el mediodía. Fue imposible comenzar temprano la jornada y eso pese a que el arriero nos había prometido que estaría listo a las siete. La paciencia es un requisito indispensable para quien decida viajar a América del Sur. Con nosotros viajaban un cura jesuita, tres empleados que iban a Riobamba y un joven comerciante de Quito, con su madre —una mujer que tenía “solo” veinticinco hijos. El comerciante había viajado a los Estados Unidos y no dejaba de comparar la economía y el emprendimiento de nuestro país con la mendicidad y vagancia del suyo, y añadía con gran sinceridad: “Me avergüenza llevar sangre española en mis venas”. Los suburbios de Bodegas me recordaron las afueras de El Cairo, aunque la carretera pronto entró en una amplia sabana en lugar de un arenoso desierto. A las tres de la tarde atravesamos La Mona, un pueblo de veinticinco chozas de bambú, todas elevadas sobre pilotes construidos para hacer frente a las inundaciones que se producen en la estación de lluvias. Por todas partes se veían signos de indolencia y negligencia. Hombres ociosos, una mezcla incierta de sangre europea, negra e india; mujeres quichua con miradas tristes, que cargaban un infante desnudo o tinajas rojas de agua sobre las espaldas; cerdos negros y gallinas flacas que vagaban libres dentro de las casas. Ese es el espectáculo de la variopinta vida de los pueblos de tierra adentro. Era extraño el contraste entre la pobreza humana y la riqueza natural. Estábamos en el límite de una selva virgen, y la belleza abrumadora de la vegetación pronto borró todo recuerdo de la escualidez y monotonía de La Mona. Nuestro camino, un simple sendero, entró de repente en esta selva que parecía impenetrable, en donde las ramas se entrecruzan sobre nuestras cabezas y producen una deliciosa sombra. Las curiosas formas de la vida tropical resultaban muy atractivas para alguien que recientemente había recorrido las deprimentes colinas de Nueva Inglaterra. Deleite es un término que se queda corto para expresar el sentimiento de un naturalista que pasea por primera vez en la selva de América del Sur. La espléndida banana, el gran encanto de la vegetación ecuatorial, agitaba sus hojas verdes y brillantes de 8 pies de largo. El delgado y esbelto bambú se proyectaba hacia el cielo como una flecha. Varias especies de palmeras se elevaban con sus elegantes cabezas emplumadas. En las ramas de los árboles se alojaban mechones de plantas parásitas, entre ellas orquídeas epífitas y especies rastreras cuyos tallos largos

y flexibles se enredaban como serpientes alrededor de los troncos. Debajo de este mundo de follaje, gruesas *mimosæ* cubrían el suelo, y una variedad de hermosos helechos captaban nuestra mirada.¹⁰ Es fácil especificar cada uno de los objetos susceptibles de ser admirados en estos parajes, pero es difícil proporcionar una idea adecuada de los profundos sentimientos de asombro y sorpresa que colman y elevan la mente. Este camino hacia los Andes es un paraíso para el hombre contemplativo. “Existe algo en la selva tropical (dice Bates) semejante al océano por los efectos que produce en la mente. Aquí el hombre siente en toda su plenitud su insignificancia y la grandeza de la naturaleza”. El viajero alemán Burmeister observa que “la contemplación de una selva brasileña le produjo una impresión dolorosa debido a que la vegetación exhibe un espíritu de egoísmo inquieto, de emulación ansiosa y de astucia”. Pensó que la suavidad, la seriedad y reposo de los paisajes de los bosques europeos le resultaba mucho más placentera. De esta peculiaridad dedujo la causas de la superioridad moral de las naciones europeas. Definitivamente, vive y deja vivir no es el lema que se enseña en estas selvas tropicales y, de igual manera, está claro que a esta gente le sobra la generosidad. Al ver tanta competencia entre los seres organizados, este es el sitio en donde se debería haber estudiado el *Origen de las Especies*, de Darwin. Habíamos pensado que la vegetación bajo el ecuador era el distintivo más conveniente para el mundo humano que los bosques de nuestras zonas templadas. Aquí no existe un momento establecido para la descomposición y la muerte. Estamos parados en medio de lo vivo y de lo muerto: las flores y las hojas caen mientras otras más frescas están brotando a la vida. Además, numerosas plantas parásitas utilizan a sus vecinos como instrumento para su propio provecho, simbolizado muy apropiadamente a cierto tipo de humanos.

10 Los helechos constituyen una sexta parte de la flora de América del Sur; Spruce contó ciento cuarenta especies dentro de un espacio de 3 millas cuadradas. Su límite de crecimiento se halla entre los 500 y los 7000 pies sobre el nivel del mar.